



La Santa Sede

**DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
A LAS HERMANAS FRANCISCANAS DE LA INMACULADA
CON MOTIVO DE SU PRIMER CAPÍTULO GENERAL**

Jueves 15 de junio de 2000

Amadísimas hermanas Franciscanas de la Inmaculada:

1. Me alegra acogeros y os agradezco esta visita, mediante la cual, con ocasión de vuestro primer capítulo general, habéis querido manifestar al Sucesor de Pedro vuestros sentimientos de comunión filial. Saludo a vuestra superiora general, sor Maria Francesca Perillo, así como a los reverendos padres Stefano Maria Manelli y Gabriele Maria Pellettieri, fundadores de vuestro instituto. Os saludo, asimismo, a cada una de vosotras. Vuestra presencia me brinda la grata oportunidad de dirigir un afectuoso saludo a todas vuestras hermanas, presentes en diversas partes del mundo, donde realizan su labor de evangelización y asistencia a personas probadas por diferentes formas de indigencia.

Vuestra asamblea capitular se celebra en el año del gran jubileo. Se trata de una feliz coincidencia, que ciertamente os ayudará a reflexionar con particular intensidad en vuestra misión, siguiendo las enseñanzas de san Francisco de Asís y de san Maximiliano María Kolbe, que supo actualizar eficazmente su espíritu en nuestro tiempo. Su testimonio heroico de los votos de castidad, pobreza y obediencia fue coronado, con el martirio, por el supremo sacrificio de la vida por amor a Cristo y a sus hermanos.

Manteniendo vuestra mirada fija en Cristo, y con la ayuda de san Francisco y san Maximiliano, podréis cumplir plenamente vuestra misión en la Iglesia y en el mundo.

2. La Inmaculada fue la inspiración de toda la existencia de san Maximiliano Kolbe. A la Inmaculada está dedicado vuestro instituto que, además de los tres votos religiosos tradicionales, tiene uno "mariano", con el que cada religiosa se consagra totalmente a María para el

establecimiento del reino de Cristo en el mundo.

Que la contemplación de las maravillas que el Padre celestial realizó en la humilde joven de Nazaret oriente siempre vuestra vida consagrada por el camino exigente de la santificación, siguiendo las huellas de María que, dedicada totalmente al servicio de Dios, fue constituida nuestra Madre, Madre de la Iglesia y de la humanidad entera.

Imitad la solicitud de María en el servicio al prójimo, procurando ser siempre asiduas en el trabajo y celosas en el apostolado. Que este sea el estilo de vuestra acción en la Iglesia; el signo distintivo de vuestra obra evangelizadora y misionera, manteniendo el corazón atento a las necesidades de todo ser humano. Como personas consagradas y, de modo especial, como Franciscanas Misioneras de la Inmaculada, estáis llamadas a ser, mediante la fidelidad gozosa a vuestra Regla, "un signo de la ternura de Dios hacia el género humano y un testimonio singular del misterio de la Iglesia, la cual es virgen, esposa y madre" (*Vita consecrata*, 57).

También por eso vuestro modelo debe ser María, que respondió con prontitud a los designios divinos: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Su *sí* fue el centro propulsor de su misión. Así, vuestro *sí* a Dios será el secreto del éxito de vuestra misión. Para ser testigos eficaces del Evangelio, especialmente entre los pobres y las personas con dificultades, es indispensable que os abandonéis totalmente en las manos del Señor y mantengáis abierto vuestro corazón a sus designios divinos.

3. A cuantos, al visitar la "Ciudad de la Inmaculada", se quedaban maravillados por las obras realizadas, san Maximiliano Kolbe, señalando al santísimo Sacramento, les explicaba: "Toda la realidad de Niepokalanow depende de aquí". Se dirigía a Jesús, presente en la Eucaristía, con espíritu de fe profunda: "Tu sangre corre por mi sangre; tu alma, oh Dios encarnado, penetra mi alma, le da fuerza y la alimenta". Este es el secreto de la santidad. De la Eucaristía se irradian las gracias que sostienen a los misioneros en su actividad evangelizadora diaria. Para que vuestro apostolado produzca los frutos deseados, acudid a esta fuente inagotable de amor, mediante intensa oración y vida interior.

Me ha complacido saber que a vuestro instituto no le faltan vocaciones. Doy gracias por ello al Señor junto con vosotras, y os invito a seguir proponiendo con discernimiento a cuantos encontráis el radicalismo del testimonio evangélico. Cuidad bien la formación humana y espiritual de las aspirantes a la vida consagrada.

Conscientes de que los cristianos "están en el mundo pero no son del mundo" (cf. Jn 17, 14-16), sed la buena levadura que hace fermentar la masa (cf. Ga 5, 9), sed la sal que da sabor y la luz que ilumina (cf. Mt 5, 13-14). No perdáis jamás de vista el ejemplo del Verbo encarnado, que por amor se hizo siervo y se entregó a sí mismo por nosotros. Caminad incansablemente tras sus pasos. Permaneced al pie de la cruz con María, la Virgen Inmaculada, a quien está consagrada

vuestra familia religiosa.

Por mi parte, os aseguro un recuerdo en la oración, a la vez que os imparto de corazón una especial bendición, que extendo al venerado hermano, cardenal Agostino Mayer, que presidirá vuestro capítulo, así como a todas vuestras hermanas y a cuantos forman parte de vuestra familia espiritual.